MAURICIO

Contenido

1# 5

2# 6

3# 7

4# 9

5# 10

6# 12

7# 15

8# 16

9# 18

10# 20

11#... 22

12# 24

13# 26

14# 27

15# 28

16# 29

17# 30

18# 31

19# 33

20# 34

21# 35

22# 36

23# 37

Nota

Mauricio, eres un pinche sol. No sé cómo explicártelo para que me entiendas. Te quiero mucho, así, mucho. Y aunque quizá digas que miento por convivir, no es así: de no conocerte a quererte, pasé de la sorpresa al deseo, a algo que no esperaba.

Tienes una personalidad bonita, suave, como un gato naranja pachoncito. Te quiero y quiero quererte así, sin prisa, hasta que te aburras de mí. Quiero escuchar de tus juegos, ver tus reels de gatos, hablar de Pokémon o de tus viajes raros. Te quiero querer, y quiero que te quedes conmigo, poder verte y tenerte cerca.

1#

Te quiero,
me quieres…
o al menos eso
se queda flotando
entre lo que fuimos
y lo que nunca supimos ser.
El invierno terminó,
dicen que todo florece,
que el frío se va,
que la vida regresa a su cauce…
pero yo sigo aquí,
congelado en tu ausencia,
habitando un lugar
donde aún nieva tu recuerdo.
No sabría decírtelo,
ni, aunque el silencio
dejará de pesar tanto.
No sabría explicarte
cómo se rompe algo
sin hacer ruido.
Camina,
ve hacia donde yo no esté,
donde no te persigan mis ojos,
ni te alcancen mis ganas.
Aléjate lo suficiente
como para olvidarme
sin darte cuenta.
Vive la vida
que yo no pude tener,
toma los caminos
que a mí me dieron miedo,
abraza sin dudas,
ríe sin medida,
equivócate sin pensar en volver.
Ten todo aquello
que un día soñé:
la calma,
la certeza,
la compañía que no se quiebra.
Tenlo todo…
aunque en ese todo
no exista yo.
Y si alguna vez,
en medio de la noche,
algo te nombra en silencio,
sí sientes un eco
que no sabes de dónde viene,
no te detengas.
Sigue.
Porque quererte
también es eso:
dejarte ir
aunque me quede vacío.

2#

Te quiero en mi memoria,
en cada rincón de mis recuerdos,
en los anhelos que nacen
cada vez que te veo.

Despierto a medias,
solo para encontrarte
viviendo en lo que queda de mí.

Quiero que tus ojos
me busquen sin aviso,
que me nombren en silencio
en cualquier momento.

Eres taciturno,
y, aun así,
tenerte enfrente me desarma,
me incomoda,
me rompe un poco.

Te quiero a tu manera,
cuando quieres,
cuando puedes,
cuando no estás.
Te quiero en la distancia
donde sí existes para mí.

Quiero tocarte
como quien descubre el fuego,
todos los jueves,
sin razón, sin permiso.

Mis manos en tu pelo,
tan negro,
tan tuyo,
tan imposible.

Hombre mío,
quiero tu juicio,
tus grietas,
tus malestares,
tus pesares...
Quiero incluso aquello
que te hace quedarte lejos.

3#

Tienes los ojos de un gato,
tan negros
que parecen tragarse la luz,
tan grandes
que no dejan espacio para huir.
A veces pienso
que nunca fueron tuyos,
que algo más miraba a través de ti,
algo que aprendí a amar
aunque me deshiciera por dentro.
Quiero que me miren otra vez,
aunque sea como antes de irte,
aunque sea con ese vacío
que ya no prometía nada.

Te encuentro en todos lados,
aunque cierre los ojos,
aunque cambie de calle,
aunque jure olvidarte.

A cada rato regresas,
como una costumbre enferma,
como una herida
que no termina de abrirse
ni de cerrarse.
Te quiero a ratos…
y esos ratos me pudren.
Cuando te recuerdo,
no te llamo,
no te nombro,
pero apareces.
En cada gato.
En cada mirada fija
que no parpadea,
que no siente,
que solo observa
como si supiera algo de mí
que yo no quiero saber.
A veces son negros,
como la noche que dejaste dentro,
otras blancas,
como un silencio
que ya no pide nada.

Pero todos guardan tu recuerdo.
Todos.

Y ninguno aparta la mirada.

Me ven en silencio,
como tú,
como si ya supieran
en qué me convertí
desde que te fuiste.

Como si esperaran
pacientes…

a que termine de romperme.

-

4#

No fue el tiempo necesario.
O tal vez sí,
y fui yo el que no supo sostenerlo.

No necesité más…
eso me digo,
aunque algo en mí insiste
en que mentí.

No sé si es mi apatía al cariño,
o si el tuyo llegó
demasiado limpio
para alguien como yo.

Me resultó tan nuevo
que me caí,
no como quien tropieza,
sino como quien se deja caer
porque no sabe quedarse.

Sé que no es importante,
lo repito
hasta que pierde sentido.

No lo fue.

Ni para ti.

Pero en mí
no se apaga.

Sigo recordándolo,
como se recuerda algo
que nunca debió sentirse tan hondo,
como una marca
que no sangra
pero tampoco cicatriza.

Y a veces pienso
que no fue amor,

sino la costumbre
de imaginar
que alguien podía quedarse.

5#

“Ya déjame en paz”,
dices,
como si no hubieras sido tú
quien abrió la puerta.

Y yo aquí,
preguntándome
en qué momento
dejé de importarte…
o si alguna vez lo hice.

¿Cómo se deja de querer tan rápido?
¿o nunca estuve ahí?

Tal vez solo fui
un momento conveniente,
un cuerpo más,
una historia sin nombre
que no valía la pena terminar bien.

Si solo querías eso,
lo hubieras dicho.

No era necesario mentir,
no era necesario fingir
que había algo más
cuando ya sabías
que te ibas a ir.

¿Por qué eres así?

¿Por qué actúas
como si nada hubiera pasado,
como si yo fuera
solo ruido
que te estorba?
Pudiste decirme
qué tenía mal,
o al menos
tener el valor
de decirme que no me querías
mirándome de frente.
Pero no.

Me dejaste esperando,
aferrada a algo
que ya estaba muerto.

Aunque ya lo habías dicho…
que no esperara nada de ti.

Y aun así,
me trataste
como si yo fuera el problema,
como si sentir
fuera un error.

Como si yo fuera
“esa morra loca”
que solo molesta.

Pero yo…

yo solo quería que te quedaras.

Yo solo quería quererte.

Y ahora se siente
como si mi única función
fuera hacer felices a otros,
mientras yo
me quedo vacía.

No importa cuántos lleguen,
no importa cuántos hablen,

ninguno eres tú…

y eso lo arruina todo.

Ya no quiero conocer a nadie.
No me interesan.

Solo quiero…

que me dejen en paz.

6#

No esperes coherencia,
esto no es eso.
Son pedazos,
cosas que se me fueron cayendo
mientras pensaba en ti.

Vas a pensar
“pinche morra loca”,
y está bien,
no vengo a convencerte de nada.

Solo…
ya no quiero guardármelo.

No soy de decir esto,
no porque no sienta,
sino porque no sé cómo,
porque en mi casa
nadie habla así.

Pero contigo…

contigo fue distinto.

En estas semanas
me la pasé bien,
demasiado bien,
más feliz de lo normal,
y eso ya es decir mucho.

Mauricio,
eres un pinche sol,
aunque no sepa explicarlo
sin que suene exagerado.

Te quiero.
Así, sin medida,
aunque suene rápido,
aunque no tenga sentido.

De no conocerte
a quererte.

Así de simple,
así de absurdo.

Tienes algo bonito,

algo tranquilo,
como un gato naranja,
todo pachoncito…
y sí,
estás bien pachoncito.

Y yo quería quedarme ahí,
escuchándote hablar de tus juegos,
viendo tus reels de gatos,
oyendo cualquier cosa tuya,
aunque no fuera importante.

Quería quererte
mucho rato,
hasta que te cansaras de mí.

Cuando te dije
que quería lo que tú quisieras,
no era duda…
era que lo único que quería
era tenerte cerca.

Llegué a verte
y preguntarme
qué habías visto en mí
para quedarte.

Y también…
qué dejaste de ver
para irte.

Sé que no fui
lo que esperabas.

Perdón por eso.

Por no ser suficiente,
por romper la idea
que tenías de mí.

Me hubiera gustado hacerlo mejor,
hacerte sentir algo distinto,
que creyeras en lo que te decía.

Pero no pasó.

Y dolió…

cuando dejaste de mirarme,
cuando ya no era lo mismo,
cuando empecé a estorbar.

Tal vez ni respondas esto,
y está bien.

De verdad, está bien.

Solo quería decirlo,
darle este último empujón
a algo que ya se estaba cayendo,

para poder seguir
como si no doliera tanto.

Porque no me gusta estar así,
y aun así…

aquí estoy.

7#

Me asquea el rosa,
la forma en que insiste en vivir,
en brotar
aunque todo alrededor
ya se haya rendido.
Me incomoda su vitalidad,
su manera de no pedir permiso,
de existir
como si no doliera.
Y yo…
yo no puedo mirarlo sin sentir
que hay algo mal en mí,
como si me negara
a encontrar belleza
donde otros la ven fácil.
Aun así, lo busco,
lo sigo,
lo persigo
como quien insiste
en tocar una herida
para comprobar que sigue abierta.
Y en ese intento,
siempre apareces tú.
Eres ese algo
al que regreso
no por calma,
no por paz,
sino por la necesidad
de arruinarlo.
De profanar lo intacto,
de manchar lo que aún
parece limpio.
Tal vez por eso
eres lo que extraño.
No de forma constante,
no de forma dulce…
sino a ratos,
en intervalos breves
donde la memoria se abre
y deja pasar
lo que intento evitar.
Como el rosa,
que no desaparece,
solo espera
a que vuelva a mirarlo.

8#

No mires.

No hay nada detrás de mis ojos
que te pertenezca.

Ni verdad,
ni promesa,
ni algo que merezca ser nombrado
en voz alta.

Insistes en pensar
que toda profundidad guarda algo valioso,
que toda sombra
esconde sentido.

Te equivocas.

Hay vacíos
que no significan nada.

Y el mío
no está hecho para ser comprendido,
sino para mantenerse intacto,
cerrado,
intraducible.

Si cruzaras ese límite,
si te atrevieras a descender
más allá de lo que muestro,

no encontrarías dolor digno,
ni belleza rota,
ni redención posible.

Solo restos.

Fragmentos sin orden,
ecos sin origen,
una forma de existir
que no admite compañía.
No lo querrías.
No podrías.

No lo abrazarías,
porque no hay forma de rodear
lo que no tiene centro.

No lo aceptarías,
porque no hay nombre
para lo que no termina de ser.

Y no te culparía.

No te debo esa paciencia,
ni tú me debes esa permanencia.

Por eso te digo:

no avances.

No es advertencia,
ni súplica,
ni gesto de falsa humildad.

Es precisión.

Porque hay cosas
que no se comparten,

no por miedo,

sino porque,
al ser vistas,

dejan de sostenerse…

y arrastran consigo
a quien las mira.

Así que no te sientas mal
cuando te detengas.

Será,
por fin,

la única decisión
correcta.

9#

Encuentro la calma en tenerte,
en lo mínimo,
en lo simple
de apenas verte existir.

Sin palabras,
sin promesas,
sin nada que deba sostenerse.

Solo eso:
tu presencia
rozando la mía
sin tocarla del todo.

Y, sin embargo,
cada día que pasa
mi vida sigue,
como si aprendiera a olvidarte
mientras aún te mira.

Te vuelves costumbre,
pero no refugio.

Un hábito silencioso,
una repetición
que no consuela,
pero tampoco termina.

Eres ese recuerdo tácito,
ese que no se nombra
porque al hacerlo
adquiere demasiado peso.

Ese que se queda
entre lo que fue
y lo que nunca llegó a ser.

Y aunque en ti
encuentro calma,

no es una calma limpia,
no es descanso.

Es más bien
la pausa de algo
que no avanza
ni se rompe.

Y empiezo a entender

que no quiero encontrarte
en esa forma otra vez.

No como presencia,
no como costumbre,
no como recuerdo que insiste
en permanecer.

Porque hay calmas
que no sanan,

solo aplazan

lo inevitable.

10#

Te dije que te extraño.

Como si nombrarlo
fuera suficiente
para justificar su peso.

Te dije que te quiero.

Sin medir
si ese verbo
tenía dónde sostenerse.

Te dije
que me gusta el color de tu pelo,
como si en lo simple
pudiera esconder
lo que no supe decir completo.

Y también te dije
que tu alma y la mía
se juntan.

Lo dije
con una certeza que no me pertenecía,
como si las palabras
pudieran crear algo
que en realidad
no existía del todo.

Porque ahora entiendo:

decir
no es lo mismo que ser.

Nombrar
no une.

Y sentir
no obliga a que el otro
permanezca.

Te dije todo eso…

y aun así,

nada se quedó.

Ni tú.

Ni lo que creímos.

Solo las palabras,
repitiéndose en mi cabeza,
como prueba inútil

de algo
que nunca terminó
de volverse real.

11#

En la noche,
cuando la soledad recarga
lo que el día apenas disimula,

se anticipa
el amargo despertar
que me espera en la mañana.

Tan áspero
como el café no diluido,
como un gesto
que nunca aprendió a suavizarse.

Y desde lo hondo,
desde ese lugar
que no nombro sin romperlo,

surge lo remoto,
lo que no aguarda,
lo que no se queda detrás de mí
ni me sigue.

Eres eso.

Lo que no guarda,
lo que no espera,
lo que no concede permanencia.

Un largo letargo,
extendido sin forma,
implícito en la mella
de lo taciturno.

Y yo…

yo no poseo la sabiduría,
ni el conocimiento,
ni siquiera la claridad suficiente
para narrarte.

No sé decirte
sin reducirte,
sin deformarte
en palabras que no alcanzan.

Temo fallar incluso en eso:

en intentarlo.

Porque tenerte frente a mí
no acerca la certeza,

la vuelve más lejana.

Más inasible.

Más ajena.

Como si verte
fuera apenas
otra forma de no comprenderte.

12#

El hilo que quise seguir,
ese mismo
que intenté romper.

Desprender.
Arrancar.
Quitar de raíz
como si bastara la voluntad
para deshacer lo que ya se enredó.

Pero no cede.

Se tensa.

Resiste
con una paciencia
que no me pertenece.

Y entonces dudo:

si alguna vez fue un hilo
o si siempre fue
una trama completa
esperando atraparme.

Lo tomo entre los dedos
y no sé
si lo estoy soltando
o apretando más.

Quise desprenderlo por completo,
dejarlo sin rastro,
sin memoria,
sin regreso posible.

Pero cada intento
abre otro nudo.

Cada corte
multiplica las hebras.

Y empiezo a sospechar
que no hay centro,
que no hay origen
al que pueda volver
para deshacerlo todo.

Me preocupa no poder hacerlo.

Quedarme aquí,
suspendido
entre fragmentos que no terminan,
entre líneas que no se rompen
ni se sueltan.

Enredarme…

no en un hilo,

sino en la idea
de que alguna vez
pude haber estado libre de él.

Y descubrir, demasiado tarde,

que no era algo
que llevaba conmigo,

sino algo
en lo que ya estaba
contenido.

13#

Anoche, sin embargo,
permanecí esperando.

No por fe,
ni por certeza,

sino por la inercia
de no saber hacer otra cosa.

Añorando algo…

sin nombre,
sin forma,
sin la garantía
de haber existido alguna vez.

Esperando.

Como si la espera
fuera suficiente
para justificar la ausencia.

Como si en ese gesto
—quieto, inútil—
hubiera todavía
algo que pudiera llegar.

Pero no llegó.

Y aun así,

me quedé.

14#

No creo esperar nada.
Y aun así,
ofrezco.
¿Qué más puedo darte
sino el cielo?
Como si bastara
con prometer lo imposible
para sostener lo que no existe.
Podría bajarte las estrellas,
arrancarlas de su distancia,
encenderlas una por una
solo para que las vieras.

Solo para que creyeras
que había algo distinto aquí.
Pero te apresuras.
Siempre te apresuras
hacia las prisas,
sin cuidado,
sin pausa,
como quien no teme romper
lo que ni siquiera reconoce.
Y en ese movimiento constante
quedas

perpetuamente confinado
en lo mismo.
Porque no tienes algo,
no algo distinto,
no algo que interrumpa
lo que ya he visto antes.
Lo reconozco.
En otros ojos.
En otros gestos.
En otras manos
que tocaron igual
sin realmente quedarse.

Un tacto repetido,
una forma conocida
de no ser.
Y entonces entiendo
que no es que no espere nada,
es que ya sé
exactamente
lo que no va a cambiar.

15#

Eres tan burdo,
tan limpio de toda intención
que ni siquiera logras fingir profundidad.

Apático,
como quien habita el mundo
sin rozarlo,
sin dejarse afectar
por nada que exija más que presencia.
Inexperto en la retórica del lenguaje,
ajeno a sus dobleces,
a sus pausas,
a la forma en que una palabra
puede sostener o derrumbar un universo.
No sabías de tonadas,
ni de prosas,
ni del ritmo oculto
que se quiebra
cuando algo es verdadero.

Hablabas…
pero no decías.

Nombrabas…
pero no entendías.

Ignorante a mi voz,
no porque no la oyeras,

sino porque nunca supiste
dónde escucharla.
Porque mi lenguaje
no era el tuyo,
y el tuyo
nunca intentó alcanzarme.
Y en esa distancia,
tan simple,
tan evidente,

se rompió todo

sin que siquiera
lo notaras.

16#

Resuenas en otras voces,
no como eco,
sino como repetición.

En los fantasmas
que llegaron antes,
que dijeron lo mismo
con distinta boca
y el mismo vacío.

En los abrazos ya dados,
gastados,
repetidos hasta perder
toda singularidad.

No eres nuevo.

No eres distinto.

Eres continuidad.

Un trazo más
en una línea que ya conozco
demasiado bien.

No eres más que un recuento,
una suma innecesaria
de gestos que ya vi,
de palabras que ya escuché
sin querer recordarlas.

Y aun así…

vuelvo a contarte.

Cada cierto rato,

como quien revisa
una herida vieja
solo para confirmar
que nunca cerró,

que solo aprendió
a parecer otra cosa.

17#

Te quiero por todo.

No por lo que falta,
ni por los bordes incompletos
que otros intentarían llenar.

No por lo que portan los demás,
ni por lo que el mundo decide
nombrar como suficiente.
Ni por lo que otro
pueda pronunciar de ti,
reducirte a palabras
que no alcanzan
ni a rozarte.

Te quiero por todo.

Por lo que te hace entero,
aunque no lo muestres.
Por lo que ocultas,
no como defecto,
sino como territorio
que no necesita ser revelado.

Por lo que mantienes en secreto,
por lo que no compartes
y aun así te define.

Te quiero en lo visible
y en lo negado,
en lo que das
y en lo que retienes.

Te quiero entero.
Sin dividirte,
sin corregirte,
sin intentar comprenderte
hasta volverte simple.
Porque incluso en lo que no entiendo,

en lo que no me pertenece,

en lo que nunca será mío…

ahí también

te quiero.

18#

A mis ojos
te transformo.

En lo que ni tú ves,
ni cumples,
ni siquiera sospechas
que podrías ser.

Te rehago
con fragmentos que no te pertenecen,
con expectativas
que no nacieron en ti.

Eres la sombra
de aquel sueño,

no el sueño,
no la forma,
no la materia.

Solo su proyección.

El que yo tengo,
el que construí
con restos de memoria,
con imágenes que persisten
aunque ya no exista nada
que las sostenga.

Ese que repito
cada vez que cierro los ojos,
cada vez que intento
encontrarte
donde ya no estás.

Pero tú…

no eres eso.

No eres el recuerdo,
ni la promesa,
ni la idea que te sostiene en mí.

Eres menos.

Menos que lo que imagino,
menos que lo que espero,
menos que lo que inventé
para no aceptar tu ausencia.

No eres nada
de lo que te hice.

Ni la mitad.

19#

Odisea de noche,
coraza de cal
cubriendo lo que no resiste la intemperie.

Te siguen los pasos,
no como amenaza,
sino como consecuencia
de lo que nunca quisiste detener.

Persisten.

Como todo lo que se niega
a ser interrumpido.

No hay nada que comprender.
No hay nada que hablar.
No hay nada que desear.

Solo esta repetición
que se disfraza de destino.
Y en medio de eso,
levantamos una liturgia,
precisa,
cerrada,
casi sagrada en su vacío.

Pero no podremos sostenerla.
No porque falte fe,
ni porque falte intención,

sino porque nunca estuvo hecha
para durar.
Porque en el fondo
no necesitamos más
que lo que arde.

Lo abrasivo.
Lo que deja marca
sin prometer permanencia.
Lo que consume
y luego desaparece
sin dejar nada
que pueda reconstruirse.

Temporal.

Siempre temporal.

20#

Haz de mis añoranzas
un bloque.

Compacto.
Sin fisuras.

Algo que puedas tomar
sin preguntarte
de dónde viene
ni qué arrastra dentro.

Encájalo
donde lo necesites,
sin cuidado,
sin medida,
como si siempre hubiera sido
parte de ese lugar.

Úsalo
cuando te acomode,
cuando haga falta llenar
un hueco momentáneo,
una ausencia breve
que no merece ser nombrada.

No lo sostengas demasiado.

No lo mires de cerca.

Porque si lo haces,
verás que no es sólido,
que está hecho de restos,
de cosas que no se dijeron
a tiempo.

Y entonces dejará de servirte.

Así que tómalo así,
como algo útil,
intercambiable,
sin historia.

Haz de mis añoranzas
un bloque…
y colócalo
donde no importe
que termine rompiéndose.

21#

Despreciado mío,

no eras la gran cosa.

Ignorante
que llevé a mi lado
sin pensarlo demasiado.

No había mucho que ver,
ni mucho que decir.

Eras simple.

Y no está mal.

Solo que yo
esperaba algo más
donde no lo había.

Por eso te quedaste:
no por especial,
sino por cómodo.

Una carencia llevadera,
algo que ocupaba espacio
sin cambiar nada.

Y al final…

eso eras.

Nada más.

22#

Como siempre, permaneces.
Te evoco intacto,
como en el origen de todo.
Reposas donde siempre has sabido estar
y yo regreso,
después de haber habitado tu ausencia
entre las sábanas.

Si volvieras,
no repetiría el error de la prisa;
haría del cuidado una forma de quedarme.
Me agradas en la soledad compartida,
cuando nadie atestigua
la tregua que hacemos con el mundo.
Sé que podrías volver,
por eso aguardo.

Aun si la hora se ha rendido
al cansancio.
Deseo tu regreso.
Deseo que permanezcas después,
cuando ya no haya nada que fingir.
No mires los rastros en las paredes:
son pruebas de lo que fui
antes de saberte.
Regresaré exhausta,
cargada de una lucidez que duele,
sabiendo de nosotros
más de lo que conviene.
Te espero, como siempre,
cada sábado,
dormido a mi costado,
confinados en mi cuarto
como en un acuerdo tácito.
No diré nada.
Solo, a intervalos,
confirmaré tu presencia.
Quédate a mi lado,
no por costumbre,
sino como se ejecuta un rito
que, aun repetido,
nunca pierde su gravedad.

23#

Entraste,
tocaste lo que había en mí
y te fuiste dejando huecos
que no sabía llenar.

Tus manos eran ruido y frío,
tus palabras, espejos rotos
que reflejaban algo
que yo quería más de lo que tenías.

Te inventé completo,
porque la realidad no alcanzaba,
porque necesitaba creer
que alguien así podía quedarse.

No eras mío,
y aun así ocupaste todo:
mis silencios, mis pensamientos,
mis manos que buscaban
algo que no estaba.

Me quedé con restos:
cenizas que huelen a tu risa,
sombras que siguen tus pasos
aunque ya no existas ahí.

Mauricio

Te quiero todavía,
pero te quise más antes.